

IV.

Desde hacía algún tiempo rondaba monsieur Gourd con cierto aire de misterio y de inquietud. Se le encontraba á menudo observando sin ruido, el ojo avizor y subiendo y bajando las dos escaleras de la casa, en las que los vecinos notaron su presencia hasta en las altas horas de la noche. Sin duda alguna la moralidad de la casa le preocupaba, adivinaba algo deshonesto que turbaba el frío silencio del patio, el recogimiento del vestibulo y las hermosas virtudes domésticas de todos los pisos.

Una noche Octavio halló al portero sin luz, inmóvil, en el rincón del corredor y pegado á la puerta que abría paso á la escalera de servicio. Sorprendido, le preguntó qué hacía.

—Quiero siempre estar al tanto de lo que pasa, M. Mouret, contestó retirándose.

El joven se alarmó. ¿Sospechaba el portero sus relaciones con Berta? Sin duda los acechaba. Sus amores encontraban continuos obstáculos en aquella casa vigilada, cuyos inquilinos profesaban los principios más rígidos. Así es, que no podía acercarse á su amada más que muy raras veces, gustando la sola alegría cuando ella salía sin su madre por la tarde, de abandonar la tienda con algún pretexto, y de buscarla en un pasaje retirado paseándose con ella del brazo durante una hora.

Desde fines de Julio, Augusto pasaba fuera de su casa todos los martes por la noche: había cometido la imprudencia de interesarse en una fábrica de Lyon que estaba en muy mal estado y no dejaba pasar una semana sin ir allí. Pero hasta entonces Berta se había negado á aprovechar aquella noche de libertad. Su criada le daba miedo, y temía que cualquier descuido la obligase á entregarse á ella por completo.

Precisamente en la noche de un martes fué cuando Octavio descubrió á M. Gourd, plantado cerca de la puerta de su cuarto. Esto redobló sus inquietudes. Hacia ocho días que suplicaba en vano á Berta que su-

biese á buscarle, cuando todo quedase en silencio. ¿Había adivinado el portero sus intenciones? Octavio se acostó disgustado, atormentado por el temor y el deseo. Su amor se irritaba, se convertía en pasión loca, y notaba no sin indignarse que incurría en todas las debilidades del corazón humano. No podía reunirse con Berta en los pasajes, sin comprarle los objetos que llamaban su atención en los escaparates. La víspera en el pasaje de la Magdalena había visto la joven un sombrero, y manifestó tanto interés en tenerle, que entró á comprarlo. Era de paja de arroz sin más adorno que una guirnalda de raso, de una sencillez encantadora; pero le costó doscientos francos, y esto le pareció demasiado.

Se dormía, á cosa de la una, cuando oyó golpecitos en la puerta.

—Soy yo, murmuró suavemente una voz femenina.

Era Berta. Abrió y la abrazó apasionadamente en medio de la oscuridad; pero ella no subía á eso, y cuando encendió la bujía notó que estaba muy conmovida. La víspera, no llevando él bastante dinero en el bolsillo, no había podido pagar el sombrero, y como en medio de su alegría había cometido la imprudencia de decir su nombre, le

habían enviado una factura. Había dicho que volvieran; pero temblando que llegasen con ella cuando estuviera de vuelta su marido, se había atrevido á subir, animada por el silencio que reinaba en la escalera, y segura como estaba de que Raquel dormía.

—Irás á pagar mañana temprano, ¿no es verdad? le suplicó, procurando marcharse.

Pero él, que la estrechaba en sus brazos, la dijo:

—Quédate... dentro de una hora te irás.

Berta se quedó, pasaba el tiempo, ella quería marcharse, pero él la detenía. A las cuatro, cuando ya comprendían que era tiempo de separarse, se quedaron profundamente dormidos.

Al abrir los ojos entraba el sol en el cuarto: eran las nueve. Entonces Berta lanzó un grito:

¡Dios mío! ¡Estoy perdida! dijo.

Hubo un minuto de confusión. Se levantó con los ojos cerrados de cansancio y de sueño, y vistiéndose de mala manera, no hacía más que prorrumpir en exclamaciones. Él, poseído de igual desesperación se colocó delante de la puerta, para impedirle que saliera en enaguas y con una chambra, como estaba á semejante hora. ¿Se había vuelto loca? La gente la vería en la escalera y era

peligroso. Necesitaban reflexionar, buscar un medio para que bajase sin que nadie se apercibiera. Pero ella se obstinaba en marcharse y pugnaba por abrir la puerta que el joven defendía. Al fin pensaron en la escalera de servicio. Nada mejor; por ella podía llegar á la cocina de su casa y entrar. Pero como María Pichon madrugaba y solía estar por las mañanas en el corredor, pensó Octavio que debía ir á entretenerla, á fin de que la otra pudiera escurrirse. Con este objeto se puso un pantalón y un paletot.

—¡Cuánto tardas, Dios mío! murmuraba Berta, que al verse en aquel cuarto estaba como sobre ascuas.

Al fin salió Octavio con la tranquilidad ordinaria y se sorprendió al ver á Saturnino instalado en casa de María, mirándola con la mayor calma del mundo, desempeñar sus quehaceres domésticos.

Al loco le agradaba buscar, como en otros tiempos, un refugio á su lado, contento en el olvido en que ella le dejaba. Y en efecto, como no la estorbaba para nada toleraba sus visitas, aunque ni siquiera le daba conversación.

—¡Calle, está V. con su adorador! dijo Octavio, procurando cerrar la puerta.

María se puso muy colorada. ¡Su adora-

dor el pobre Saturnino! ¿Era posible? El pobrecito, que parecía sufrir, sólo cuando le tocaba la mano por casualidad. También el loco se enfadó. ¡No quería enamorarse nunca, nunca! Y los que dijeran á su hermana aquella mentira tendrían que verse las caras con él.

Asombrado Octavio de su brusca irritación se apresuró á calmarle.

Berta entre tanto se escapó por la escalera de servicio. Tenía que bajar dos tramos. Desde que puso el pié en el primer escalón, una risa aguda que salía de la cocina de madame Juzeur la detuvo, y toda temblorosa se acercó á la ventana que daba al estrecho y sucio patio interior. Entonces oyó otras voces; las groseras palabrotas de las criadas llegaban á su oído y se apercibió de que varias de ellas acusaban á la pequeña Luisa de ponerse á mirar por el ojo de la cerradura de sus cuartos cuando se acostaban. Aún no tenía quince años y ya pensaba en esas cosas... ¡vaya una decencia! Luisa se reía á carcajadas. No sólo no negaba, si no que decía que había visto las pantorrillas de Adela, que Lisa estaba en los huesos y que Victoria tenía un vientre como un tonel. Para hacerla callar, las interesadas redoblaban sus improperios. Después, cargadas de

que la chica hubiese sacado á relucir sus defectos, se vengaron en sus amas, poniendo al descubierto sus imperfecciones. ¡Aunque Lisa era delgada, gracias á Dios no parecía una sardina como la otra Mad. Campardon, un verdadero arenque, un regalo de arquitecto! Victoria se contentaba con desear á todos los Vabre, los Duveyrier y los Josserand, nacidos y por nacer, un vientre tan bien conservado como el suyo á su edad. Y en cuanto á Adela, aseguraba que no cambiaría sus pantorrillas por las de sus señoritas ni las de su señora, que parecían flautas.

Berta, inmóvil, asustada, recibiendo en el rostro la basura que arrojaban las cocinas, sin sospechar que hubiera en la casa aquel pozo de inmundicia, sorprendía por la primera vez la ropa sucia de la domesticidad á la hora en que los amos estaban ocupados en asearse.

De pronto gritó una voz:

—El amo viene por el agua caliente.

Acto continuo se cerraron las ventanas y reinó el más profundo silencio. Berta no se atrevía, sin embargo, á moverse. Al decidirse á bajar, pensó que Raquel estaría en la cocina esperándola. Esto fué para ella una nueva angustia. Temía entrar, y prefería irse á la calle, huir para siempre.

Pero no había más remedio, entreabrió la puerta y se consoló al ver que no estaba la criada. Entonces con alegría infantil, al hallarse en su casa sin haber sido sorprendida, corrió á su cuarto. Pero allí, ante la cama que estaba intacta, halló de pié á Raquel. Miraba al lecho y después miró á su ama, sin expresar nada en su rostro. En el primer momento la joven, trastornada, trató de excusarse y habló de una indisposición de su hermana. Balbuceaba, y de pronto, asustada de la pobreza de su mentira, comprendiendo que no había otro remedio se echó á llorar, dejándose caer sobre una silla.

Esto duró un minuto eterno. Ni una palabra cambiaron las dos mujeres: sólo los sollozos turbaban la profunda calma de la habitación. Raquel, exagerando su discreción, conservando su aire frío de criada que sabe todo y que no dice nada, volvió la espalda y comenzó á ahuecar las almohadas, como si concluyera de hacer la cama. Por último, cuando Berta, más y más trastornada por su silencio mostró más á lo vivo su desesperación, la doméstica al mismo tiempo que limpiaba el polvo, dijo sencillamente con voz respetuosa:

—La señora hace mal en afligirse: el señor no es tan bueno que lo merezca.

Berta cesó de llorar. Todo quedaba reducido á sobornar á aquella muchacha. Sin más le dió veinte francos, y pareciéndole poco, porque creyó ver en sus labios un movimiento desdeñoso fué á buscarla á la cocina, la llevó otra vez á su cuarto y la regaló un traje casi nuevo.

Octavio por su parte se hallaba también dominado por el terror. Al salir de casa de los Pichon encontró al portero inmóvil, como la noche anterior, acechando detrás de la puerta de la escalera de servicio. Le siguió sin atreverse á hablarle, y al llegar al piso tercero le vió sacar una llave del bolsillo y entrar en el cuarto del inquilino que no iba allí más que una noche cada semana á trabajar. Por la puerta, un instante abierta, vió Octavio aquel cuarto cerrado siempre como una tumba. Aquella mañana acusaba un gran desorden; sin duda el inquilino había trabajado la noche anterior: había una cama grande con las sábanas y mantas desarregladas, un armario de espejo vacío, en el que se apercibían los restos de una langosta y botellas empezadas, dos palanganas de agua sucia, estaban la una en una silla, la otra á los piés de la cama. M. Gourd, apenas entró se puso á vaciar y á limpiar las palanganas.

Al dirigirse al pasaje de la Magdalena á pagar el sombrero, Octavio se sentía poseído de una dolorosa incertidumbre. Al volver resolvió sonsacar á los porteros. Madame Gourd, sentada delante de la ventana de la portería, entre dos tiestos de flores tomaba el aire, y cerca de la puerta y de pié esperaba la tía Perou, con el rostro humilde y asustado.

—¿Hay alguna carta para mí? preguntó Octavio, para entablar conversación.

Precisamente M. Gourd bajaba del piso tercero. El cuidado de aquel cuarto era lo único que tenía que hacer en la casa y se mostraba orgulloso de la confianza del inquilino, que le pagaba bien, con la condición de que él solo limpiase las palanganas.

—No, M. Mouret, contestó, no hay cartas para V.

Notó muy bien que estaba allí la tía Perou; pero hizo como que no la veía. La víspera se había enfadado con ella porque había vertido un cubo de agua en el portal y la había despedido. La pobre iba á cobrar su salario y al verle se puso á temblar, arriándose á la pared.

Pero como Octavio se detenía, colmando de amabilidades á Mad. Gourd, el portero se volvió brutalmente hacia la pobre vieja:

—Viene V. á cobrar, ¿eh? Veamos, ¿que se la debe?

Pero Mad. Gourd le interrumpió:

—Querido, mira, dijo: ahí está otra vez esa mujer y el animalito.

Era Lisa, que desde hacía algunos días había hallado un perrito en la calle, y con este motivo sostenía con los porteros continuas polémicas. El casero no consentía perros en la casa. No señor, ni animales, ni mujeres de vida dudosa. Ni aun en el patio podía estar el perrito: era preciso que le sacasen fuera para hacer sus necesidades, y como estaba lloviendo y llevaba las patas llenas de barro, el portero se precipitó, gritando:

—No quiero que suba, ¿lo oye V.? si quiere V. cójalo en brazos.

—Para que me manche, ¿no es verdad? dijo insolentemente. Vaya una desgracia que ocurriría si se mojase un poco la escalera de servicio... ¡Vamos, anda, pichicho!

M. Gourd quiso cogerle, pero se escurrió y comenzó á echar pestes contra las puercas de las criadas. Siempre estaba en guerra con ellas, impulsado por el rencor de anti-guo doméstico, convertido á su vez en amo. Pero Lisa se cuadró, y dirigiéndose hacia él con la mayor desfachatez, le dijo:

—Vamos á ver... quieres dejarme en paz, so lame... platos.

Anda á sacar los orinales de la alcoba del señor duque.

Aquella era la única injuria que reducía al silencio á M. Gourd, y las criadas abusaban de esta flaqueza. El hombre volvió á su portería livido de cólera, murmurando sordas palabras: sin duda decía que se enorgullecía de haber servido al señor duque, mientras que ella, tan puerca, que no habrían podido soportarla en la casa ni dos horas. Después se fijó en la tía Perou, que al verle se etremeció.

—Acabemos de una vez, murmuró... Veamos qué se la debe. ¡Cómo! ¿Dice V. que doce francos sesenta y cinco céntimos...? No puede ser. Sesenta y tres horas á veinte céntimos cada una... ¡Ah! ¿cuenta V. un cuarto de hora más? En la vida se ha visto eso. Ya la advertí á V. que no pagaba los cuartos de hora solos.

Y sin darle todavía el dinero, la dejó atemorizada para tomar parte en la conversación que sostenían Octavio y su mujer. Éste, con habilidad hablaba de las molestias que debía ocasionarles una casa tan grande como aquella, procurando de este modo que hablaran de los inquilinos. Debían ocurrir

tantas cosas extrañas detrás de las puertas.

Entonces el portero intervino, diciendo con su acostumbrada gravedad:

—Mire V., M. Mouret, nosotros no acostumbramos á meternos en lo que no nos importa... Pero hay cosas, que francamente me hacen salir de quicio. Mire V. aquello, por ejemplo.

Y señaló á la ribeteadora, aquella joven pálida que se mudó á la casa precisamente el día del entierro de M. Vabre. Atravesaba el portal andando con mucho trabajo, y se le conocía á la legua que estaba en el último período de un embarazo.

—¿Qué es lo que he de mirar? preguntó Octavio.

—¿Aquel enorme vientre?

El vientre de la infeliz era lo que exasperaba á M. Gourd. Una soltera, embarazada, sin que nadie supiera de qué habia resultado aquello, porque no tenía trazas de estarlo cuando alquiló el cuartito que habitaba.

—¡Oh! de lo contrario jamás él habria consentido en admitirla.

—Ya V. comprenderá, decía el portero, lo que el nuevo casero y yo hemos experimentado al conocer su situación. ¿No es verdad que debía haber advertido que se hallaba en ese estado? Ninguna persona se ingiere en

una casa donde habitan personas honradas con ese contrabando. Pero al principio apenas se notaba, podía pasar y yo no decía nada. Esperaba que al menos tendría discreción. Que si quieres. Yo la observaba y la veía engordar por momentos, consternándome aquellos rápidos progresos. Pero ahora, mírela V., no hace nada para contener el desarrollo... dentro de poco ni siquiera podrá pasar por la puerta.

Y al hablar así, la señalaba con trágica actitud, mientras la pobre atravesaba el patio en dirección á la escalera de servicio. Parecíale que aquel vientre abultado, proyectaba una sombra sobre la fría limpieza del patio y hasta sobre el estuco y los dorados del portal. A medida que crecía, se notaba como una perturbación en la moralidad de la casa.

—Le aseguro á V., M. Mouret, añadió, que si esto habria de continuar, preferiríamos mi esposa y yo retirarnos á nuestro pueblo, porque gracias á Dios tenemos con qué vivir y no necesitamos de nadie. ¡Una casa como ésta, deshonrada por semejante irregularidad! Y créalo, parece que se goza en demostrarla.

—A mí me ha parecido que está bastante enferma, dijo Octavio sin mostrar mucha

piedad. La veo siempre tan triste, tan pálida, tan abandonada... Quizás tiene un amante.

M. Gourd hizo un gesto exclamando:

—Ya pareció aquello. ¿Lo oyes mujer?

M. Mouret es de mi misma opinión. Las cosas como esas no se hacen solas... Pues bien, M. Mouret, ya hace dos meses que la espío, y ni la sombra de un hombre he logrado descubrir. ¡Si será viciosa! ¡Ah! si yo la encontrase con el tal amante, verlos y echarlos á la calle sería todo uno. Pero no logro sorprenderlos, y esto es lo que me quema la sangre.

—¡No vendrá á verla aquí! dijo Octavio.

—Eso no es natural, y como yo me empeñase ya los cogería. Aún le quedan seis semanas, porque he hecho que la despidan y en Octubre se irá. ¡Tendría gracia que entre tanto...! De nada sirve que M. Duveyrier se indigne exigiendo que se vaya á otra parte á salir de su cuidado; lo que es yo no estoy tranquilo, el día menos pensado puede jugarnos la mala pasada de no esperar hasta después de largarse de aquí. Vea V., todo esto podía haberse evitado sin la codicia del viejo Vabre. Por cobrar ciento treinta francos más y á pesar de mis consejos, la admitió. El carpintero debió dejarle escarmentado.

Pero nada, alquiló el cuarto á una ribeteadora... ¡encanallar la cosa con obreros! Cuando uno admite á la gente del pueblo, no puede esperarse otra cosa más que disgustos y porquerías.

Mad. Gourd tuvo que calmarle: tomaba demasiado á pecho la moralidad de la casa, y al fin y al cabo le haría daño tanto interés. La tía Perou, tosió entonces, para recordar que estaba allí, y el portero la pagó escatimándole los cinco céntimos del cuarto de hora.

Ya se marchaba con sus doce francos y sesenta céntimos, cuando afectando lástima la ofreció admitirla de nuevo, pero á quince céntimos por hora en vez de veinte. La infeliz se echó á llorar y aceptó.

—Y si no le conviniera á V. no faltaría quien me sirviese por el mismo precio, le dijo, V. no está ya fuerte, ni diez céntimos por hora vale su trabajo.

Octavio, que subía un momento á su cuarto, estaba ya tranquilo. En el tercero halló á Mad. Juzeur que entraba en su casa. Todas las mañanas se veía obligada á bajar en busca de su criada que se estaba las horas muertas en la compra.

—Con qué arrogancia pasa V., le dijo, acompañando á sus palabras una dulce son-